

SONETO

Dejándome tu mano, me extravió,
ciego absoluto, por tinieblas ando;
huso de carne, miedo de hasta cuándo
me durará esta página de frío.

Este no ser de nadie; éste ser río
sin mar, sin muerte, sin clarín de mando;
árbol sin fruto helado preguntando
qué desamparo en mí, por qué vacío.

Tu luz, gota de ala, es todo vida
que a tu azul calentura me convida
y me canta de rosa y de alimento;

de la cadena insomne de tu mano,
voy cielo arriba, cielo abajo humano
verso tu boca en flor de pensamiento.

Rafael PALMA

Madrid, Octubre 1960.

ANTE UN CENTENARIO

VÁZQUEZ DE MELLA

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA

LA prensa nos va relatando en estos días los actos que recuerdan a los españoles los primeros cien años que nos separa del nacimiento de don Juan Vázquez de Mella, «verbo de la raza», oráculo de la Tradición y cantor excelso de las glorias de la Iglesia de Jesucristo.

Pocos hombres, tal vez ninguno, como Mella han influido tanto en avivar con su alta sabiduría y poderosa elocuencia el fuego sagrado de la Patria frente a la decadencia nacional de los últimos años del pasado siglo, y en primer cuarto de éste que ahora transcurre.

Y es, que, la Santa Iglesia y España, en la conjunción feliz de la Religión y la Patria, fueron para Mella el objetivo predilecto y final de su integérrimo del rico y áureo patrimonio espiritual de la España imperial y católica.

Pero los más robustos pedestales de tan prodigiosa personalidad fueron la Apología y la Oratoria. Mella hacia desfilar ante las multitudes que le escuchaban embelesadas, el esplendor de la Iglesia con su esclarecido talento y de su cautivadora palabra: Mella fue, el guardián hermosa enajenante, con sus misterios y sus dogmas, con su afán civilizador y sus triunfos que son los triunfos de Dios. A Mella se le embriagaba el alma para cantar las maravillas de la Encarnación del Verbo y ese caudal de gracias que mana sin cesar del misterio de la Redención. Canta a Cristo con su Cruz, al Vaticano con su colina y la blanca paloma del Espíritu Santo posándose sobre la testa tres veces coronada de los Papas y señala ebrio de entusiasmos la grandiosidad de las luchas y las victorias del cristianismo.

Y luego, contempla a Europa brotando como una flor del corazón ensangrentado de Cristo, y a España, que nace en aquel arroyuelo de